No abandonaremos las costas de Irlanda sin visitar Kingstown y sus alrededores. La ciudad ha llegado á ser una de las más populares y ricas del reino, lo cual se debe atribuir principalmente á su hermoso puerto y su estacion. Toda la orilla sur de la bahía de Dublin es una sucesion de magníficos paisajes: Merrion, Booterstown, Blackrock, Dalkey, Killiney y Ballybrack, con sus preciosas quintas situadas junto al mar ó en la falda de las colinas, forman una extensa línea que termina en la ciudad de Bray.

Y hé aquí cómo despues de atravesar esa hermosa Irlanda, á la que los poetas llaman la Verde Erin, damos vista otra vez al condado de Wicklow, el punto de partida. Nuestro objeto no era visitar todas las localidades notables de la pintoresca isla, ni ménos trazar un itinerario; nos proponíamos elegir los principales puntos de vista, así naturales como artísticos, para ilustrar los diversos paisajes en su belleza ó escabrosidad; los terrenos ricos y los estériles; lo grandioso y lo desolado; las montañas y los valles; los lagos y las bahías; los deliciosos paisajes del interior y las salvajes costas bañadas por el Océano. Queríamos ver de cerca sus edificios religiosos, sus fortalezas ó castillos ruinosos; deseábamos dar á conocer algo de su geología, de su historia y de sus antigüedades. Satisfechos quedaremos si lo hemos conseguido, demostrando que Irlanda merece ocupar un puesto no poco importante en la EUROPA PINTORESCA.

LA COSTA SUR DE INGLATERRA

I

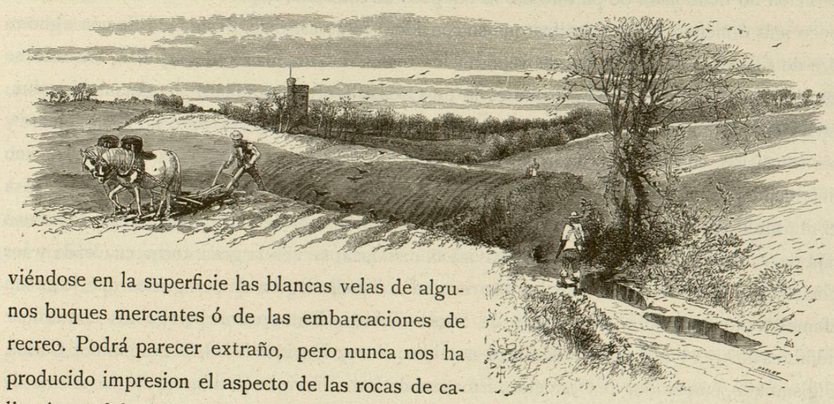
DESDE MARGATE A PORTSMOUTH

La costa sur de Inglaterra merece preferentemente la atencion de los turistas, no sólo por su conjunto pintoresco, sino porque comprende muchos sitios que ofrecen el mayor interés, así en cuanto á sus bellezas naturales como bajo el punto de vista histórico. Vamos, pues, á recorrerla en su mayor extension, primeramente desde Margate á Portsmouth, y luégo en el espacio comprendido desde este último punto á Lizard, con lo cual podremos formar una idea exacta de lo que es esa magnífica costa, tan rica en localidades que tienen los mayores atractivos para todos los viajeros, como lo indica el hecho de ser visitadas continuamente.

Margate sigue siendo lo que era hace muchos años: la *Porta Maris* ó *portus Salutis;* alcanzó ya desde un principio bastante popularidad, y ahora se considera como una de las localidades más divertidas de Inglaterra. Sin embargo, como «puerta del mar,» este puerto no podrá esperar nunca recobrar la gloria de aquellos tiempos en que el Duque de Marlborough eligió este lugar como punto de partida de sus grandes expediciones, aunque por las suaves y saludables brisas que allí se aspiran continuamente, así como por no existir allí insalubres pantanos, Margate se puede titular con justa razon el *portus salutis* en toda esta línea de costas.

Fuera de esto, si hemos de ser exactos, Margate ofrece muy pocos atractivos; de modo que los que van en busca de lo pintoresco, despues de ver la antigua iglesia normanda de San Juan y las reliquias que contiene, irán á recorrer los campos y observar los paisajes, que

por lo encantadores han hecho célebre esta parte de Kent. La ciudad está protegida por las colinas, que la rodean casi del todo; la antigua torre cuadrada de la iglesia, cuya espira es muy baja, apénas se eleva sobre un grupo de árboles, y más allá la línea de costas queda cortada por los tejados de las casas de Westgate; miéntras que á lo léjos, semejante á una isla surgiendo del mar, divísase Kent del Norte. Por la parte de tierra, extensos campos de trigo limitan el paisaje que la vista alcanza; y al este, el mar brilla iluminado por los rayos del sol,



San Pedro en Broadstairs

viéndose en la superficie las blancas velas de algunos buques mercantes ó de las embarcaciones de recreo. Podrá parecer extraño, pero nunca nos ha producido impresion el aspecto de las rocas de caliza á que debe Inglaterra su nombre de Albion. Su misma blancura destruye toda la venerable sublimidad de esas antiguas rocas de color gris que bordean los cabos de granito de Cornwall ó se elevan sobre los mares de Irlanda, y que tan maravilloso efecto producen. Esas rocas de caliza parecen siempre tan modernas y se redondean con tal regularidad, que apénas se puede creer sean las mismas que César contempló desde el límite de la Galia conquistada, creyendo ver otro mundo que podria cruzar con sus águilas victoriosas.

Aquel que ha visto representada esta costa en los cuadros y paisajes de los mejores artistas podrá perder algunas de sus ilusiones si la recorre de dia; mas si lo hace cuando las primeras sombras del crepúsculo se extienden sobre todos los objetos, ó cuando la mística luz de la luna se refleja en la cima de las rocas ó en las aguas del mar, experimentará seguramente una impresion profunda ante el mágico conjunto que se ofrece á su vista.

En el Foreland del norte, el *Cantium* de Tolomeo, es probable que alguna luz haya servido de faro á los marineros desde la época de los romanos: la construccion de ahora data del siglo XVII, pero se ha modernizado mucho despues. A corta distancia de este punto se trabó en junio de 1666 el memorable combate naval de cuatro dias entre la escuadra inglesa, á las órdenes de Abercrombie, y los holandeses mandados por De Ruyter y De Witt.

Si nos internamos un poco en tierra, cruzando extensos campos de trigo, pronto veremos destacarse en medio de este cuadro de abundancia la antigua torre de San Pedro Broadstairs, cuya elevada cima se ve desde varias millas de distancia tanto por mar como por tierra; es digna sucesora, y probablemente más útil para los pilotos y pescadores, que aquella capilla

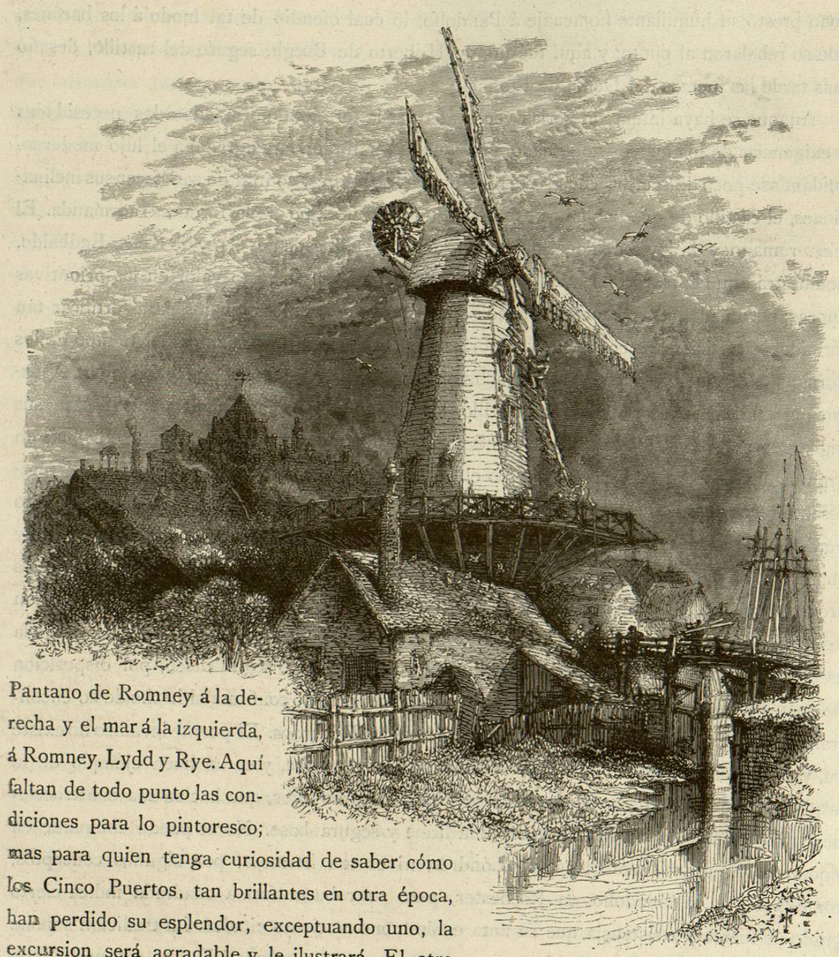
dedicada á Nuestra Señora de Broadstairs, «tan afamada, que los buques hacian siempre el saludo al pasar por delante.» La tranquila estacion de baños donde el célebre novelista Dickens pasó tantos dias de su juventud se halla debajo de la iglesia, en una especie de cavidad, cuya entrada por la parte del mar estaba defendida en remotas épocas por varias torres y puentes levadizos. Al salir de la ciudad, una alameda sombreada por castaños y olmos, que atraviesa varios campos de trigo, conduce á Ramsgate, que á pesar de su magnífica posicion no tiene nada de pintoresco, ni tampoco de interesante; pero á una milla de la ciudad, poco más ó ménos, hay una colina que se considera como sagrada, designándose con el nombre de «Terreno de Dios», donde reposan los restos de centenares de sajones. Cuando se está en la cumbre de esa colina, que es la de Osengall, el pensamiento se remonta involuntariamente á remotas épocas, al principio de la historia de Inglaterra; pero no bruscamente y sin transicion, como cuando se recorren los templos y palacios ruinosos de Herculano, sino deteniéndonos en cada peldaño de la escalera del Tiempo. A la ciudad llega en alas de la brisa el murmullo de la vida moderna; pero más léjos, por la parte del oeste, elevándose sobre una faja de verde espesura, cuyo color suaviza la distancia, se ven la gran torre cuadrada y los pináculos de Canterbury, los cuales nos recuerdan aquella legion de peregrinos que llegaban afamosos para orar sobre el sepulcro de Santo Tomás. Entre estos peregrinos contáronse hombres ilustres y por todos conceptos notables: el rey Enrique VIII, el emperador Cárlos, Sigismundo, emperador de Occidente; Emanuel de Este, Enrique V, despues de su victoria de Agincourt, Eduardo I, que ofreció la corona de oro de Escocia; Juan y su hermano Ricardo Corazon de Leon; y el gran Plantagenet, con su traje de penitente, fueron allí á doblar la rodilla. Donde se eleva la espira de la iglesia de Minster, entre añosos olmos, celebróse la entrevista de Etelredo y el primer misionero cristiano; y poco más léjos, junto á los pantanos que hay á la entrada de la bahía de Pegwell, en Ebeesfleet, hállase el sitio donde San Agustin desembarcó. El terreno alto, marcado ahora por una línea de árboles, era entónces un promontorio bañado por las olas. La sólida torre normanda de Sandwich, qne se halla más al sur, recuerda el desembarco de Ricardo Corazon de Leon, despues de su cautividad. Este puerto fué en otra época el más famoso de Inglaterra, y aún enel reinado de Eduardo IV sus aduanas producian anualmente nada menos que diez y siete mil libras (85,000 duros).

La ciudad de Dover presenta á los ojos del viajero su aspecto más favorable cuando se dirige á ella por este lado: por una parte, el poderoso castillo se destaca majestuosamente, con su fachada principal frente al turbulento mar, como desafiando á los enemigos de Inglaterra; por la otra la prolongada línea de rocas presenta una fresca alfombra de verdura; y al pié de la fortaleza agrúpanse las casas de la ciudad, tan bien vigilada en otro tiempo por los centinelas del antiguo castillo; detrás se extiende un bonito valle donde los caballeros celebraban brillantes torneos, y más allá elévanse los promontorios cuyas poderosas defensas burlaron la habilidad y perseverancia del mismo César. ¡Cuántas luchas, cuántos interesantes episodios se han presenciado desde esas alturas! En este puerto ó muy cerca, el célebre conquistador romano desembarcó, hace ya cerca de dos mil años, y centenares de descendientes de las legiones imperiales avanzaron por el gran camino que conduce á Lóndres, cuya línea

se podria indicar aún. Las hordas exterminadoras de los normandos llegaron aquí despues de la batalla de Hastings; en este puerto se embarcaron Ricardo I y sus caballeros para ir á la Tierra Santa; en la iglesia de los Templarios, convertida ahora en una ruina, dícese que Juan prestó su humillante homenaje á Pandolfo, lo cual ofendió de tal modo á los barones, que se rebelaron al punto; y aquí fué donde Huberto de Burgh, seguro del castillo, desafió más tarde las fuerzas del Delfin de Francia.

Aunque se haya intentado varias veces adaptar la fortaleza normanda á las necesidades y exigencias de los nuevos gobernadores, á quienes naturalmente agradaba el lujo moderno, cuidándose poco de sacrificar los recuerdos de mayor interés, con tal de satisfacer sus inclinaciones, el castillo de que hablamos es todavía un perfecto tipo de la fortaleza normanda. El *Faro* romano y la iglesia sajona, que segun dicen fué edificada por el rey de Kent, Eadbaldo, demuestran que la importancia del sitio fué apreciada ya en su justo valor en las primitivas épocas; pero nada existe ahora que pueda darnos á conocer si los trabajos para fortificar tan formidable posicion se emprendieron formalmente en gran escala ántes del tiempo de los normandos, aunque la línea de los atrincheramientos romanos se puede reconocer aún. A juzgar por la primera descripcion del castillo, los normandos tenian muchas torres para sus vigilantes centinelas, torres que rompiendo la línea del muro exterior, debian contribuir en gran manera á que fuese mas pintoresco el conjunto de aquella mole. El más curioso é interesante recuerdo que de aquel período se conserva es la *Torre Abrincis*, situada en el ángulo nordeste. El muro de diez piés de espesor, elévase á gran altura, hasta un punto donde hay comunicacion con una galería que se corre al rededor de la cortina; una plataforma para los arqueros circuye los cinco lados de la torre; y varias troneras para arrojar las flechas dominan los fosos en todas direcciones. La torre del Condestable, que guarda el recinto exterior sobre la escalera que conduce al castillo desde la ciudad, fué construida, segun dicen, por disposicion de Juan de Fiennes, el primer condestable normando, y así lo confirma el hecho de no encontrarse vestigio alguno de una época anterior á la de los Eduardos. El puente levadizo no existe ya, y el foso se ha cegado, pero la torre del vigía se conserva, y es un buen ejemplo de la arquitectura militar de aquellos vigorosos normandos primitivos, que hacian sus construcciones tan sólidas como sus leyes», sobre una firme y segura base. No se puede comparar en riqueza con la gran Torre Blanca de Lóndres, ni es tan hermosa, por algunos conceptos, como la Torre de Gandolfo, en Rochester, pero su robusta forma cuadrada indica cierto grado de fuerza y resistencia que se nota en las construcciones citadas. La tradicion supone que un mismo arquitecto edificó las tres torres, mas por lo que hace á Dover, esto es del todo erróneo. Más verosímil es la creencia de que la fundacion normanda fué dirigida por Enrique Plantagenet cuando vino aquí, en 1150. Si se observa el castillo desde el mar, el efecto que producen las grandes moles de mampostería elevándose en la cara de la roca, cortada por tenebrosas torres y coronada por las negruzcas paredes de la torre del vigía, cuya cima se halla á quinientos piés sobre el nivel del mar, es en realidad imponente; y no es difícil comprender el supersticioso temor de aquellos que al ver por vez primera aquel formidable castillo, pensaban que lo habrian construido sobre la roca los espíritus malignos.

Para trasladarse desde este punto de la costa de Kent á la de Sussex hay dos caminos; el uno pasa sobre las rocas en direccion á Folkestone, Hythe y Lymne, la antigua *Portus Lemanis*, conduciendo á lo largo de la muralla de Dymchurch, con su extensa planicie del



Antiguo molino de viento en Rye

Pantano de Romney á la derecha y el mar á la izquierda, á Romney, Lydd y Rye. Aquí faltan de todo punto las condiciones para lo pintoresco; mas para quien tenga curiosidad de saber cómo los Cinco Puertos, tan brillantes en otra época, han perdido su esplendor, exceptuando uno, la excursion será agradable y le ilustrará. El otro camino sigue la línea sud-oriental en direccion á Ashford, y se prolonga despues por la ramificacion de Hastings, flanqueando el gran pantano por la parte occidental hasta el valle de Rother y los puertos de Sussex.

Rye no es una ciudad ruinosa ni un mero recuerdo como algunas de sus vecinas, pero cuenta mucha antigüedad y tiene cierto aspecto flamenco. Encerrada entre las paredes de color gris de sus angostas, empinadas y tortuosas calles, con casas á cada lado, que probablemente cuentan ya dos ó tres siglos, el murmullo de la vida en el mundo exterior llega aquí

como el eco de una edad pasada. El ruido de los martillazos del constructor de buques; el monótono rumor de las aspas del molino que se halla junto al rio; y hasta el silbido de la locomotora apénas llegan al corazon de la ciudad, donde no se ven las señales de vida y movimiento que generalmente asociamos con la idea de un puerto inglés moderno. Sin embargo, la ciudad de Rye no ha dejado de tener importancia en la historia. Ya en el reinado de Juan se incorporó á los Cinco Puertos, contribuyendo en gran manera á mantener aquella flota que fué el gérmen de la marina británica. En todas las luchas sucesivas entre reyes y barones, la lealtad de los habitantes de Rye fué más cuestionable que su valor; y los rudos marineros, aunque lo fueran, no dejaban por eso de entender en política, como lo demuestra la humilde exposicion «á su más excelente y querido señor, y más ilustre rey de Inglaterra» que los barones enviaron á Enrique III cuando su triunfo estuvo asegurado. Rye sufrió tambien rudas pruebas, como las demás ciudades de la costa: los franceses la destrozaron varias veces, cuidando siempre de tomar su revancha de las expediciones de merodeo que emprendia con demasiada frecuencia la flota de los Cinco Puertos. En 1448, segun Stow, los franceses redujeron la ciudad á escombros, sin perdonar la iglesia, que era un precioso edificio. Por más que repita esto Jeake, el historiador de Cinco Puertos, cuyo relato sobre el ataque de los franceses en su época (1690) es por demás interesante y curioso, forzoso es confesar que ambos han incurrido en error, por no conocer bien la crónica eclesiástica. Aun existen considerables restos de la iglesia antes citada, así del período nor-

La iglesia antigua de Winchelsea